

Mi historia comienza el día que cumplí once años. El día comenzó como cualquier otro, pero todo cambió cuando, al llegar a casa después del colegio, me encontré con mi abuela sentada en el sofá junto con un paquete bastante grande. Para mi sorpresa, este era un instrumento musical, un bajo eléctrico algo destartado pero que a mí me pareció perfecto. Hasta que me di cuenta de la expresión en la cara de mi abuela.

-¿Qué pasa, abu? ¿Dónde está mamá, no ha acabado su turno en la tienda aún?

-No, hijo, ella... Anda, ven y siéntate.

En ese momento supe que algo no iba bien, y fue cuando até cabos entre las peleas que había oído durante las últimas semanas y la ausencia de mi madre el día de mi cumpleaños que me di cuenta- se había ido.

Los siguientes meses fueron muy duros, y lo único que podía hacer era encerrarme en mi habitación cuando mi padre se tomaba un par de cervezas de más en el bar de la esquina. Tanto tiempo con la única compañía de mi bajo sacó a relucir mi habilidad para crear melodías. Esos meses se convirtieron en años y, aparte de con mi bajo, pasaba la mayor parte del tiempo con mi abuela, que era la única persona importante en mi vida.

Debido a todo ello, me hice cada vez más introvertido. Mi capacidad para crear música no se traducía en una vida social ajetreada; era el hazmerreír del curso, el niño a quien había abandonado su madre. Tenía que haber algo mal en mí si eso me había pasado, o al menos eso era lo que me decían mientras me encerraban en mi taquilla o hacían que saliera del vestuario en ropa interior porque se habían llevado mi ropa durante la hora de gimnasio. Como escape al bullying que sufría, me refugié en partituras y conseguí un trabajo en la tienda de discos de mi ciudad.

Durante un año, las cosas no iban tan mal – mi padre no llegaba borracho todas las noches, mis conocimientos en música crecieron enormemente gracias a las horas que pasaba encerrado en la tienda, y la relación con mi abuela era tan fuerte como siempre.

Un viernes de noviembre, en penúltimo curso, di mi primer concierto. Casi vomito antes de salir al escenario, pero dentro de lo que cabe, no fue del todo mal. A partir de este momento conseguí que varios bares me contrataran, aun siendo menor de edad, lo que me permitió ampliar mi colección de instrumentos. Ahí estaba yo, con diecisiete años y un bajo, dos guitarras, un teclado, un ukelele y una trompeta.

Unos cuantos meses más tarde, cuando estaba preparándome para un concierto que iba a dar como telonero de un grupo local, The Story So Far, recibí una llamada de mi padre. Esto era una novedad, ya que *nunca* me llamaba antes de un concierto – y tampoco lo hacía en otras ocasiones. Algo no estaba bien, y empecé a ponerme nervioso. Recuerdo la conversación como si fuera ayer mismo:

-Hijo, tienes que ir al hospital ahora mismo.

-Pero papá, ¿te has vuelto a hacer daño arreglando el coche? Llama a un taxi y luego te voy a buscar, que ahora mismo me estoy preparando para dar un concierto muy importante.

-No, hijo, no es eso. Es por tu abuela, acaba de sufrir un infarto y está muy grave.

No escuché nada más de lo que dijo mi padre, porque el mundo se me había caído encima. Salí corriendo y casi se me olvida que tenía el coche aparcado detrás de la sala de conciertos. Cuando llegué al hospital diez minutos después, mi abuela ya había muerto.

Otra vez me pasó como cuando mi madre se fue, estuve varios meses encerrado en mi cuarto, solo salía para comer o ir al baño. Mi padre volvió a darse a la bebida y esta vez fue incluso más fuerte que con mi madre, mi padre llegó a puntos de hasta pegarme. Decidí que mi sitio no era ese y me esforcé todo lo que pude en la música, aunque mi padre constantemente repetía que la música nunca me iba a dar de comer, yo no le hice caso y seguí practicando en mi cuarto, dando conciertos en bares y en salas locales.

Con la llegada del nuevo curso, mi último curso de instituto, me enfrenté a la decisión de elegir las universidades a las que iba a pedir una plaza. Con suerte, pensé, conseguiré suficiente dinero para poder mudarme de esta ciudad y dejar todos los malos recuerdos atrás. Mi padre, por supuesto, no estaba de acuerdo con mi decisión, pero a mí me importaba poco lo que pensara, ya que la única persona que podría hacerme cambiar de opinión era mi abuela – aunque no lo habría hecho, siempre pensó que iba a ser el mejor músico de mi generación, si no lo era de todos los tiempos, y por ella quise intentarlo.

Un día de marzo llegó una carta a mi casa. Era un sobre blanco y muy gordo, y lo abrí con un nudo en el estómago. La carta que venía dentro me ofrecía una plaza en la universidad de Julliard, Nueva York, con todo pagado por una beca. Acepté sin pensarlo dos veces.

El resto del curso se me pasó volando, y estuve meses contando los días que me quedaban para mudarme a la Gran Manzana. Una semana antes de comenzar mi nueva vida cargué mi vieja camioneta con todas mis posesiones, paré en la gasolinera más cercana, reposté y emprendí mi viaje.

Al llegar a la residencia, me dieron la llave de mi habitación, que iba a compartir con un chico que no conocía de nada. Su nombre era John, era majete pero no me sentía con ganas de hacer amigos en ese momento, así que no intenté socializar demasiado.

Las primeras semanas lo pasé mal y me llegué a plantear si había tomado la decisión correcta, fue entonces cuando vi un cartel que me cambió la forma de ver la universidad. El cartel anunciaba el concurso de talentos que se iba a celebrar con motivo del inicio del curso, y yo sabía que me tenía que presentar. Me estuve preparando durante dos semanas, y la verdad es que yo me veía con posibilidades de ganar, pero no fue así. Quedé decimotercero, lo que no estuvo mal del todo, pero podría haber sido mejor. Ganaron unos chicos de segundo año llamados *THE FRONT STREET BOYS*, que era el típico grupo de chicos populares que se hacían con cualquier cosa que querían.

Pasaron dos meses desde aquel concurso y, aunque no había ganado, la gente me empezó a saludar por los pasillos como si me conocieran, y eso me hizo sentir genial. Mi vida iba mejorando ya que por lo menos tenía algunos amigos y conocidos con los que pasar el rato fuera de clases.

Fue un día de principios de diciembre cuando conocí a Sam, mi mejor amigo. Todo empezó en la clase de Historia de la Música, en la cual el Sr Harslon nos propuso hacer un trabajo en parejas sobre algún importante compositor de antaño. Las parejas se decidían a suertes, y a mí me tocó la mejor pareja posible. Al principio, cuando el Sr Harslon dijo mi nombre y el de Sam, no sabía a quién se refería pero, cuando lo vi, supe inmediatamente quién era: el batería de los *FRONT STREET BOYS*. Gracias a ese trabajo, Sam y yo forjamos una muy buena amistad y por primera vez en mi vida me sentía bien con alguien que no fuese mi abuela.

Esos fueron días duros para Sam, quien no se llevaba demasiado bien con los componentes de su grupo y decidió dejarlo. Él creyó que era el final de su carrera musical, pero yo no lo creía así. Tras la marcha de Sam, los demás componentes de su grupo decidieron dejarlo también, ya que Sam era el talento y sin él, el grupo era un desastre. Fue entonces, al principio del segundo semestre, cuando Sam me propuso mudarme a la habitación que uno de los chicos de su grupo había ocupado antes en su apartamento, y que estaba libre. Yo accedí encantado, y nuestra rutina cambió totalmente. Pasábamos los días componiendo canciones, tocando la guitarra y hablando de cómo viviríamos cuando fuésemos músicos famosos. Nos dimos cuenta de que nos entendíamos bien, por lo que decidimos juntarnos y crear un grupo.

Sam y yo no podíamos parar de pensar en el concurso de talentos de primavera, en nuestra cabeza sonaba la voz del presentador diciendo el nombre de nuestro grupo y nosotros subiendo al escenario a recoger el premio, pero no iba a ser tan fácil. El resto de participantes eran oponentes dignos, pero nuestros rivales directos eran un grupo de primer curso, *BLUESKI*, compuesto por las pocas chicas que había en nuestra clase. La vocalista principal, Rose Tyler, tenía una voz angelical y eso les consiguió un contrato con una pequeña discográfica de la costa Este.

Una noche de lluvias torrenciales, Sam y yo estábamos viendo videos online cuando, de repente, nos encontramos un vídeo de Blueski. Fue la misma noche en la que se me ocurrió el nombre de nuestro propio grupo, Lines in the Sand. Cuando se lo propuse a Sam, este me miró y sonrió como un tonto, aceptando mi idea.

Durante los siguientes meses, lo único que hacíamos era practicar – no podíamos permitir que algo saliera mal el día del concurso. Pasábamos largas horas en las salas de ensayo, y fue ahí donde entablamos amistad con las chicas de Blueski, que también pasaban los días encerradas ensayando.

Tantas horas de ensayos juntos hizo que empezáramos a salir alguna noche de fiesta, a cenar e incluso hacíamos alguna colaboración que otra. Fue entonces cuando Sam se enamoró de la guitarrista del grupo, Erika, y empezaron a salir. Esto me hizo estar solo de nuevo, ya que nos distanciamos un poco.

Una noche en la sala de ensayo, Rose y yo nos quedamos solos y estuvimos hablando durante horas. Teníamos muchas cosas en común, como por ejemplo que ella tampoco tuvo una infancia muy fácil y se fue de casa a los dieciséis años. Empezamos a salir juntos, lo que hizo que Sam y yo nos distanciáramos más aún, ya que no teníamos tanto tiempo libre para estar juntos, pero seguimos practicando y nuestra música estaba mejor que nunca.

Llegó mayo, y con ello se acercaba el concurso de talentos. Aunque éramos amigos, la rivalidad entre Blueski y Black Mane se notaba en el ambiente- después de todo, éramos rivales directos. Sam lo dejó con Erika y yo me distancié de Rose; estábamos muy concentrados en lo que nos habíamos estado preparando durante casi todo el curso como para permitir que nuestras relaciones lo estropearan en el último momento.

El 28 de mayo, día que Sam y yo habíamos esperado durante tanto tiempo, los nervios estaban a flor de piel. Los dos minutos antes de salir al escenario fueron simplemente un infierno, igual que en el primer concierto que di, y vomité antes de empezar. Para empeorar las cosas, Rose y yo nos habíamos peleado justo antes de entrar a la sala. Lo habíamos dejado en el peor momento. Íbamos a salir cuando escuché una voz adorable detrás de mí.

-Suerte. – Me dijo ella.

-Vamos a ganar, lo sabes ¿no?

Le miré con cara de confianza y ella se rió. Cantamos una canción titulada *BLACK MANE* y qué voy a decir, no nos podría haber salido mejor. La sala entera se silenció cuando empecé a cantar, Sam se puso a tocar la batería con tanto sentimiento que pude ver cómo se le caían las lágrimas. Terminamos nuestro acto y toda la sala se volvió loca, nos habíamos ganado al público. Me dirigí al backstage donde me encontré con Rose, ya preparada para subir al escenario y con su larga melena negra sobre un hombro.

-¿Black Mane? – Me dijo, casi gritando sobre el barullo que se había formado en el salón de actos.

-¿Te suena de algo?

Sonreí y la agarré la mano, ella se acercó a mí y la besé. En ese momento sentí que ganásemos o perdiésemos me daba igual, ya que había conseguido lo que más quería.

Todos los grupos tocaron y el Sr Harslon, el presentador del concurso, se dirigió al centro del escenario. El corazón me iba a mil, toda la sala enmudeció y comenzó a hablar. No escuché nada de lo que dijo, solamente lo siguiente:

-El ganador del concurso de talentos de primavera es...- tras un silencio que daba hasta miedo, lo soltó- ¡Lines in the Sand!

Después de eso solo me acuerdo de lo feliz que estaba, no me acuerdo de nada más, todo lo que había sufrido por fin había sido recompensado.

Sam y yo bajamos del escenario, y un señor con una pinta un poco extraña se dirigió hacia nosotros. Resultó ser un cazatalentos de una discográfica muy importante que nos ofreció un contrato para grabar nuestro primer disco y programar una gira para el verano siguiente. Sin pensarlo, aceptamos su oferta.

Ese verano nuestra fama aumentó de una forma que nadie se habría esperado, y dimos varias giras con Blueski por todo el mundo.

---

Miré a la cámara que me enfocaba, recapacité, pensé en todo lo que había pasado, todo lo que había sufrido; también pensé en lo feliz que era ahora mismo y en la persona que me había convertido. He logrado mucho. En ese momento escucho una voz detrás de mí, era la voz del productor del documental, este me dijo que ya había acabado con el rodaje, que dijese mi última frase; y así lo hice.

- Soy Nate Wallace, y esta es mi historia.